



«Caldo de gallo» y «La tarde en que Lucifer llegó a seducir a una doncella y se miró al espejo»

Rafael Ángel Herra

CALDO DE GALLO

Aquella tarde, poco antes de morir, la abuela decidió preparar el mejor caldo del mundo. Desde hacía varios días había adivinado, pues estaba casi ciega, un gallo blanco que rondaba la casa y dormía junto al arbusto de reina de la noche. Caminando a pasitos irregulares hacia la galera donde se echaban las gallinas, tropezó con él y lo agarró de un ala antes de que huyese. Era su día de suerte. Siempre le había gustado el misterio de los atardeceres.

La abuela vislumbró el brillo más allá de su ceguera. El gallo irradiaba una extraña claridad en la calma del lunes. Cuando sintió que lo tomaban del ala, no opuso resistencia y se dejó arrastrar. Las gallinas cacarearon en la galera y luego se tranquilizaron.

En el fogón ardía el rescoldo. No hay gallo, por viejo y duro que sea, al que no ablande un buen remojón de agua calentada con leña de aguacate.

Antes le ayudaba el abuelo. El abuelo amarraba primero al ave por las patas. Después, cuando le había retorcido el cuello, resonaban los aletazos de loco por toda la casa. La abuela le echaba agua caliente a chorros, le arrancaba las plumas y, ya desplumado, lo pasaba sobre las llamas del fogón, para quemarle las últimas plumillas. Después, sobre el moledero, le abría el vientre con el cuchillo de la cocina y le sacaba cuanta cosa encontraba adentro: los intestinos, el corazón, el buche lleno de piedrecillas, el hígado. Le extirpaba la hiel con cuidado para evitar que se derramara un líquido repugnante por todas partes y se echara a perder la cena. Al final, también la cabeza cortada de un tajo iba a parar a la olla. Pero el abuelo ya había muerto y la abuela no podía recurrir a nadie en su soledad de los lunes para que le ayudara a retorcer pescuezos y levantar la olla; entonces, sin ánimo de usar el agua que ya humeaba sobre el rescoldo, pues no tenía fuerzas en el cuerpo, se puso a desplumarlo vivo,

despacio, refunfuñando contra el bicho más duro de pelar que había conocido en su vida. Mientras lo sostenía con una mano y con la otra le daba tirones a las plumas, se imaginaba que el gallinero revoloteaba cacareando y que a su lado se divertían otras jóvenes, como hacía mucho, mucho tiempo, mientras ella, sentada sobre una piedra, desplumaba los pollos de la fiesta y alfombraba la tierra de colores. En su memoria bulló el gusto del caldo preparado en la casa de sus padres aquellos sábados felices, muchos, muchos años antes, cuando aún no conocía al abuelo y soñaba con las fragancias de flores blancas que la acompañarían hasta el día de su muerte. Iba arrancando plumas a tirones y rebuscando en el pasado las razones de su tranquilidad. Había sufrido en la vida y, sin embargo, estaba en paz consigo misma, porque echó las tortillas al comal cada mañana, compartió los frijoles, las toronjas, y sembró semillas por todas partes. Le alegraba mimar a las visitas con el caldo de gallo.

Mi abuela era tan buena que vino un ángel a ayudarle a morir; pero como estaba casi ciega, lo confundió con un gallo y le arrancó las plumas. Sin duda fue una mujer bienaventurada y llena de inocencia, pues voló al Cielo en compañía de un ángel pelón, oloroso a flores de reina de la noche, creyendo que había preparado el mejor caldo de su vida.

(Del libro de relatos *El sexo fuerte*, Uruk, San José/Costa Rica, 2018)

LA TARDE EN QUE LUCIFER LLEGÓ A SEDUCIR A UNA DONCELLA Y SE MIRÓ AL ESPEJO

Aquella imagen alteró la soledad de Lucifer frente al espejo, pero también fue una impresión inevitable. Al mirarse percibió la inquietud que le devolvía su rostro tan familiar y a la vez desconocido. El rostro sanguinolento se estremecía con él, reproducía sus gestos, su odio. Si estaba inmóvil, el otro frente a él parecía de piedra; si apretaba los labios, los apretaba el reflejo; si le guiñaba a la cara, veía la insolencia de una mueca. ¿Debería amar con desvelo esa barba puntiaguda? ¿Cómo lo inquietaban los ojos secos!

El espejo era generoso: también reproducía la habitación y unos cuantos muebles: en el fondo había un camastro adosado a la pared, sobre el cual le sonreía una mujer de labios carnosos que no tenía por qué observarlo como lo hacía, tan enigmática. Lucifer se la encontró dos veces: ahí, en el espejo, y al mismo tiempo distendida sobre almohadas con un vestido de lino que le dibujaba el cuerpo. Doble imagen: a su izquierda, y también en el reflejo desde el cual le hablaba y lo miraba. Jamás había conocido un sentimiento parecido, ni siquiera en su casa, donde todo es posible, según es fama y renombre entre los mortales a duras penas acostumbrados a mencionar el infierno. Había muchos males que inventar aún y el tiempo era infinito, pero no esperaba esta sorpresa del espejo cuando el azar lo obligó a fijarse en él por primera vez en su historia.

La mujer que lo observaba desde el reflejo, le recordaba algo muy sencillo: había venido a buscarla, nada más, según su ley, pues, como ya sabemos, Lucifer juzga honroso no hacer nada en vano ni desoír a quienes lo llaman. Aquella alma reclamaba su presencia en la habitación. Su prestigio dependía de cumplir el protocolo, cuya primerísima regla es responder a los llamados. Sería su amante por una sola vez; era una obligación que no desdeñaba, pero que ahora estaba lejos de sus intereses, paralizado como se veía frente al espejo. Haciendo un repaso por los anales de la memoria, no recordaba un hecho parecido, ni siquiera algo imprevisto, para lo cual debía encontrar siempre una respuesta. De repente no supo qué hacer. El espejo lo había contrariado. Por vez primera en su vana eternidad sorprendía en la imagen un reflejo incierto y desconocido, feo, pero también hermoso, casi diría que imposible, el cual le hablaba de sí mismo. Como el demonio es inteligente —bastante se jacta de ello— y nada perezoso en sus reflexiones, no tardó en advertir un desatino: aquel objeto liso también le devolvía su propia imagen: *eso otro igual a él*, era él mismo, el dueño del mundo para el cual nada es extraño, según creyó hasta ese día. En la imagen se mostraba algo diferente a sí mismo, como si Lucifer se reprodujera ahí, pero no por completo: el reflejo era un enigma, se le fugaba de la imaginación, aunque nadie osaría negar que la potencia creativa del demonio es ilimitada, mucho más cuando forja desdichas. Su ferocidad es regla en las moradas infernales: todos

reconocen que se irrita sin motivos importantes. Así es el mal, se ha dicho siempre: espontáneo, sin grandes razones, simple, casi vulgar. Encontraba todo eso en el retrato, pero sus ojos, al mirarse en ellos, también le devolvían un atisbo de desolación, un dolor sin nombre apenas encubierto.

Esa noche que la mujer había destinado al amor satánico, nada pudo haber desesperado más a Lucifer que descubrirse desnudo en el reflejo y verse cautivo en el íntimo secreto de mirarse. La paradoja fue aún más curiosa, pues, rompiendo las cadenas que lo ataban al horror, sintió un afecto sin nombre por sí mismo: Lucifer es bello, se dijo; eres bello, le dijo al rostro duplicado; pero en ese instante percibió con desesperación que algo se le escapaba: el espejo le devolvía un silencio irresistible, algo que no era él en su propia mirada y quiso destruirlo sin dilación. Al reproducirse en los destellos, sintió un amor y un odio repentinos por sí mismo. Amor y destrucción. Entrega sin límites y rechazo. Idolatría y también muerte. Ese día, solo ese día en el tiempo de su eternidad, el demonio se confesó lo inconfesable, al comprender que el infierno es el lugar de los espejos donde el castigo consiste en la reproducción del propio rostro. Podía mirar hacia otro lado y liquidar la imagen, pero estaba cautivado. No podía dejar de mirarse.

La mujer del camastro se imaginó esta fábula para entender por qué Lucifer la había olvidado a la hora misma en que fue a buscarla.

(Del libro de relatos *El sexo fuerte*, Uruk, San José/Costa Rica, 2018)

Ángel Rafael Herra (COSTA RICA). Nació en Alajuela en 1943. Ingresó como miembro de número en la Academia Costarricense de la Lengua en 1997 con el discurso *Encantadores me persiguen: autoengaño y ficción en «Don Quijote»*. Ocupa la silla P de esta institución. Escritor y filósofo costarricense. Desarrolló una fructífera trayectoria académica en la Universidad de Costa Rica. Es Doctor en Filosofía de la Universidad de Maguncia, donde también estudió Literatura Comparada, Estudios Clásicos y Filología Románica. Desempeñó cargos oficiales como el de embajador en Alemania y ante la UNESCO. Entre sus obras de pensamiento están *Violencia, tecnocratismo y vida cotidiana* (1984), *Lo monstruoso y lo bello* (1988), *Las cosas de este mundo* (1990) y *Autoengaño: palabras para todos y sobre cada cual* (2007). Como narrador publicó los tomos de cuentos *El soñador del penúltimo sueño* (1983), *Había una vez un tirano llamado Edipo* (1983), *Artefactos* (2016), *El sexo fuerte* (2018) y las novelas *La guerra prodigiosa* (1986), *El genio de la botella* (1990), *Viaje al reino de los deseos* (1992), *Don Juan de los manjares* (2012) y *El ingenio maligno* (2014). Sus poemarios son: *Escribo para que existas* (1993), *La brevedad del goce* (2012) y *Melancolía de la memoria* (2014). En 2019 la Universidad de Salerno publicó su antología *Poesie*, con edición y traducción al cuidado de Giulia Nuzzo y Valentina Ripa.